
**Morris, Nancy. *Puerto Rico: Culture, Politics, and Identity.*
Westport, Conn.: Praeger,
1995. Pp. 205.**

Jorge Duany

*Departamento de Sociología y Antropología
Universidad de Puerto Rico, Río Piedras*

¿Por qué una estadounidense de trasfondo étnico híbrido, alguna vez residente en Chile y actualmente en Escocia, escribe un libro sobre la identidad nacional en Puerto Rico? ¿Qué tiene que decir una especialista en comunicación, originalmente interesada en la música popular chilena, acerca de la cultura política puertorriqueña? Nancy Morris le ha dedicado varios años a los estudios latinoamericanos y últimamente a los estudios puertorriqueños desde una perspectiva interdisciplinaria. Después de graduarse de la Escuela de Comunicación Annenberg en Pensilvania y del Instituto de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Nuevo México, Morris pasó a enseñar en Escocia, cuyo movimiento separatista de Gran Bretaña seguramente avivó su interés por la cuestión nacional y étnica. Su dominio impecable del español y su amplio conocimiento de las fuentes primarias sobre Puerto Rico la dotan especialmente para abordar el problema de la identidad cultural de la Isla. Como estudiosa de los procesos de comunicación social, Morris enfoca su atención primordialmente en la transmisión de mensajes simbólicos, así como en la circulación de discursos ideológicos de las elites dominantes.

La tesis de *Puerto Rico: Culture, Politics, and Identity* es sencilla pero polémica. A pesar de los esfuerzos, deliberados o no, de los Estados Unidos por americanizar a Puerto Rico durante los últimos cien años, los puertorriqueños mantienen una clara conciencia de su identidad colectiva. Más aún, las concepciones ideológicas de la nación puertorriqueña se han fortalecido frente a la amenaza de la invasión cultural anglosajona. Según Morris, la creciente integración económica

y política de Puerto Rico a los Estados Unidos no ha conllevado una mayor asimilación cultural, con algunas excepciones aisladas. Contrario a muchos académicos y políticos norteamericanos y puertorriqueños, la autora no vacila en declarar que Puerto Rico es una nación, en el sentido de «*una comunidad autodefinida de personas que comparten un sentido de solidaridad basado en una creencia en un legado común y que reclaman derechos políticos que pueden incluir la autodeterminación*» (p. 12, en itálicas en el original; las traducciones del inglés son mías). Tal concepción amplia se distancia del nacionalismo político que exige la constitución de un estado soberano para cada nación.

El marco teórico de *Puerto Rico: Culture, Politics, and Identity* se basa en una lectura crítica de los trabajos más recientes sobre la identidad nacional en la historiografía, las ciencias políticas y los medios de comunicación masiva. Morris parte de la célebre premisa de Eric Hobsbawm de que las naciones frecuentemente constituyen «tradiciones inventadas», es decir, construcciones ideológicas establecidas mediante prácticas rituales y relatos míticos que justifican la creación de un estado. La autora también cita la definición de Benedict Anderson de la nación como «una comunidad política imaginada» por sus miembros como una red de lazos horizontales de camaradería. Pero Morris no comete el error conceptual de negar la existencia material de las naciones, aunque éstas carezcan de una esencia fija y sagrada. Más bien, concentra sus esfuerzos en analizar cómo surge esta mentalidad colectiva a través de la interacción simbólica (p. 16). En este contexto, Morris destaca la mutabilidad histórica y la variabilidad contemporánea de la identidad nacional, a la vez que señala sus repercusiones culturales y políticas para la vida cotidiana de los ciudadanos de un país. En la controversia entre los argumentos esencialistas y construccionistas sobre la identidad nacional, la autora se sitúa en un punto intermedio: para ella las naciones existen, aunque sus fronteras se definen simbólicamente y se transforman constantemente.

Puerto Rico: Culture, Politics, and Identity se basa en una sólida investigación de campo. La muestra del estudio consistió en 19 líderes y 43 simpatizantes de diversos partidos políticos de la Isla (el Partido Popular Democrático, el Partido Nuevo Progresista, el Partido Independentista Puertorriqueño y el Partido Socialista Puertorriqueño). Los informantes se seleccionaron a base de cuotas estratificadas por partido, posición formal y región de residencia. Los participantes en el estudio se reclutaron principalmente mediante los contactos personales de la investigadora y las redes informales de los entrevistados. Aunque la muestra de Morris es pequeña y no representativa en un sentido estadístico, proporciona información válida y útil para el análisis cualitativo.

La autora realizó su trabajo de campo en Puerto Rico entre noviembre de 1990 y mayo de 1991, un período de intensas campañas políticas para el plebiscito sobre el *estatus* y el referéndum sobre el español como lengua oficial en la Isla. Las entrevistas intensivas con líderes políticos, las discusiones con grupos focales y los cuestionarios escritos se complementaron con la recopilación documental en los archivos históricos del Centro de Estudios Puertorriqueños en Nueva York y la prensa escrita reciente en Puerto Rico. De tal manera, Morris combina varias técnicas de investigación empírica y estrategias de interpretación.

La primera parte de *Puerto Rico: Culture, Politics, and Identity* documenta el trasfondo histórico del problema de la identidad nacional a lo largo del siglo 20. Esta parte del argumento descansa primordialmente sobre la investigación clásica de Aida Negrón de Montilla sobre la americanización del sistema educativo en Puerto Rico. Morris añade algunas referencias originales como los récords congresionales y periódicos insulares de la época (1898-1948). Del mismo modo, la autora reconstruye el proceso de constituir el Estado Libre Asociado en 1952 a partir de varias fuentes secundarias (como el libro de su mentor Henry Wells, *La modernización de Puerto Rico*) y algunas primarias (como los debates legislativos en torno al nuevo *estatus* político propuesto). Lo más innovador de esta sección del libro (Capítulos 2 y 3) es su análisis de cómo se fueron seleccionando y conformando los símbolos actuales de la nación puertorriqueña, sobre todo la bandera, el himno, el idioma, los días feriados y posteriormente la representación olímpica. Estos símbolos aglutinarán a la mayor parte de la población puertorriqueña alrededor de un amplio proyecto de nacionalismo cultural, independientemente de sus divergencias políticas, a fines del siglo 20.

La aportación básica de Morris al debate sobre la identidad nacional proviene de los reveladores resultados de su estudio de campo. La segunda parte del libro identifica los principales íconos de la identidad insular según sus informantes, a saber: la lengua española, la historia insular, las costumbres alimenticias, las fiestas navideñas y la música popular. Resulta sorprendente el alto grado de consenso en torno a estos rasgos culturales, por encima de las divisiones político-partidistas. La gran mayoría de los informantes expresó un intenso orgullo y apego hacia la Isla y se identificó inequívocamente como puertorriqueños. Morris también subraya la importancia simbólica de la representación en eventos deportivos y concursos de belleza internacionales para muchos puertorriqueños. Según la autora, la dramatización ritual de la nación puertorriqueña refuerza la conciencia ideológica de pertenecer a una comunidad imaginada como única y solidaria.

Otra contribución importante del libro es desmontar el mito común

de que la mayoría de los puertorriqueños carece de un sentido claro de su identidad nacional. Los resultados de las entrevistas y los grupos focales demuestran una fuerte tendencia entre los participantes a definirse predominantemente como puertorriqueños, incluyendo a los que favorecen la anexión de la Isla como estado de la unión americana. Muy pocos entrevistados se consideraban a sí mismos como «estadounidenses» en términos personales y culturales, aunque muchos apreciaran la ciudadanía norteamericana. Más aún, la mayoría de los autonomistas e independentistas afirmó su afinidad sentimental con otros países caribeños y latinoamericanos, más que con los Estados Unidos. Algunos informantes se identificaron con una región particular de la Isla, especialmente los nacidos fuera de San Juan, como los pueblos de Cabo Rojo y la ciudad de Ponce. Otros distinguieron claramente a los puertorriqueños residentes en la Isla de los residentes en Estados Unidos--los llamados *nuyoricans*. En suma, la categoría geopolítica central para la construcción de la identidad cultural de los entrevistados fue la de puertorriqueño.

En la tercera parte del libro, Morris descubre algunas de las fisuras del discurso dominante sobre la cultura nacional. Para empezar, muchos puertorriqueños se sienten amenazados ante el posible desplazamiento de su identidad por influencias norteamericanas. Este temor a la asimilación cultural no es infundado, como lo demuestran las intensas campañas por imponer el idioma inglés, la ciudadanía norteamericana y la religión protestante en la Isla. No debe extrañar que los independentistas y autonomistas mostraran mayor preocupación que los anexionistas por la «agresión cultural» de los Estados Unidos. Lo interesante es que algunos íconos de identidad, como la música popular o la comida criolla, coexistan pacíficamente con elementos importados, mientras otros, como Santa Claus y cable TV, se perciban como amenazas reales. En este punto, Morris señala la capacidad de la cultura puertorriqueña de absorber y adaptar rasgos ajenos, así como su resistencia a abandonar ciertas costumbres tradicionales consideradas fundamentales por amplios sectores de la población. El legado hispánico, así como algunos aspectos de la religiosidad popular católica como los Reyes Magos, forma parte integrante del discurso dominante del nacionalismo cultural en Puerto Rico.

El último capítulo del libro examina las implicaciones del caso puertorriqueño para el análisis de las identidades colectivas en el mundo actual. Morris compara someramente sus hallazgos con los de estudios realizados en Canadá, Escocia, Irlanda, España, Turquía y la antigua Unión Soviética, entre otros países, para sugerir que muchas naciones contemporáneas ponen énfasis en la defensa simbólica (y a veces física) de sus fronteras territoriales, lingüísticas, históricas y culturales. En

países coloniales como Puerto Rico, el problema de la identidad nacional se agudiza por las enormes presiones políticas y económicas provenientes de una potencia extranjera. Sin embargo, Morris cuestiona la sabiduría convencional de que los países imperiales ejercen un dominio ideológico absoluto sobre los países más débiles al plantear que dicha penetración puede *reforzar*, en vez de socavar, la cultura subordinada. Como escribe la autora, «Lejos de destruir la identidad nacional de Puerto Rico, la importación de la cultura estadounidense ha fortalecido el sentido de puertorriqueñidad al proporcionar un contraejemplo de lo que no es la puertorriqueñidad» (p. 152). Es decir, la dominación norteamericana durante el siglo 20 ha consolidado una identidad reactiva u oposicional en Puerto Rico.

En suma, los hallazgos de este estudio contradicen las predicciones más pesimistas acerca de la nación puertorriqueña. Más que entrar en crisis, los íconos distintivos de la identidad insular se han mantenido firmes, aunque algunos de ellos--como la bandera y la ciudadanía--hayan cambiado de significado en las últimas décadas. Otros elementos--como la representación olímpica y la participación en concursos de belleza--se han añadido recientemente al repertorio simbólico de la identidad nacional. Los puertorriqueños muestran un consenso casi unánime acerca de esos símbolos y están comprometidos a preservarlos, particularmente el idioma español. Los desacuerdos básicos giran más bien en torno a la mejor estrategia para defender la cultura insular de amenazas externas, sobre todo la influencia norteamericana. Cada uno de los partidos políticos articula su propio proyecto para adelantar la identidad puertorriqueña, pero todos parten del nacionalismo cultural. Este extraordinario consenso ideológico entre las elites políticas, así como entre los sectores populares, debe sentar las bases para la descolonización definitiva de la Isla en el siglo 21.

En conjunto, *Puerto Rico: Culture, Politics, and Identity* tiene múltiples aciertos así como algunas limitaciones. Quizás su mayor atractivo para lectores puertorriqueños resida en la modesta postura asumida por la autora frente a la compleja relación entre su país de origen (Estados Unidos) y Puerto Rico. Como confiesa Morris, «Escribo como una extranjera. No soy puertorriqueña y no tengo un interés personal en el proceso político puertorriqueño» (p. 4). Sin embargo, la autora muestra un genuino respeto, simpatía e interés por la cultura puertorriqueña, a diferencia de muchos «expertos» extranjeros que ni siquiera saben hablar español. Morris se desafilia de los intentos previos de los Estados Unidos de americanizar a los puertorriqueños y reafirma su derecho a la autodeterminación. Lejos está la autora de esa arrogancia imperial que caracterizó a muchos científicos sociales norteamericanos de otra época.

Las principales debilidades de *Puerto Rico: Culture, Politics, and Identity* son metodológicas. Como señalé anteriormente, el tamaño de la muestra y el método de muestreo resultan inadecuados para generalizar los resultados a toda la población puertorriqueña. Por ejemplo, pese a los esfuerzos de la autora, los líderes políticos entrevistados eran varones relativamente jóvenes (mayormente entre las edades de 40 y 50 años). Además, los datos se refieren a las actitudes de la elite política y no de los sectores populares. Las técnicas de entrevistas y cuestionarios generan muchos datos confiables pero de dudosa validez en asuntos sensibles como la ideología política de los informantes, máxime cuando se toma en cuenta que la investigadora es norteamericana. El concentrar la atención casi exclusivamente en la afiliación partidista llevó a la autora a descuidar otras variables, tales como clase, raza, género y edad, al examinar la construcción de la identidad nacional. A estas alturas, no parece muy útil insistir en «la relativa homogeneidad de la población puertorriqueña» (p. 15). Es necesario demostrar, y no dar por sentado, que «esta noción básica acerca de Puerto Rico también es ampliamente compartida a través de otras divisiones sociales tales como género, raza y clase» (p. 161). Finalmente, la coincidencia del trabajo de campo con un período singular en la política puertorriqueña--la primera mitad de los años noventa--puede haber sesgado algunos de los resultados, especialmente los relacionados con la cuestión del idioma. Nunca antes había habido tanta conciencia ideológica del papel del vernáculo en la defensa de la identidad nacional de la Isla.

No obstante, los méritos del libro superan por mucho sus defectos menores. *Puerto Rico: Culture, Politics, and Identity* es una lectura obligada para cualquier persona interesada en la cuestión nacional en la Isla y otros lugares: estudiosos puertorriqueños y norteamericanos, funcionarios del gobierno federal y estatal, ciudadanos ordinarios residentes en Puerto Rico y los Estados Unidos. Morris escribe para un público amplio, en una prosa transparente y elegante, sin sacrificar el rigor académico y la documentación bibliográfica. El libro ya ha iniciado una discusión pública fértil en la prensa escrita del país acerca del destino político de la nación puertorriqueña. Espero que ese debate contribuya a renovar la agenda de investigación social en las universidades de la Isla. Para terminar, recomiendo que el excelente libro de Nancy Morris se traduzca al español y se publique localmente para que se difunda más entre su audiencia natural: la mayoría de los puertorriqueños que, como recalca la autora, prefieren hablar y leer en español, el símbolo central de su identidad nacional.